

UN MISTERIO DE PARIS

4
R 421.087

Traducida del francés

POR

J. E. R.



MURCIA.—1895

Imprenta de LAS PROVINCIAS DE LEVANTE
Plaza de los Apóstoles, 20

UN MISTERIO DE PARIS


Traducida del francés

por

J. E. R.



MURCIA.—1895
Imprenta de las Provincias de Levante
Plaza de los Apóstoles, 20



Un misterio de París.

CAPITULO PRIMERO

El último billete de mil francos.

El conde Ambrosio era uno de los mas ricos, de los mas nobles y de los mas ilustres señores de Roma. Comprometido, como muchos jóvenes italianos, en una conspiracion contra el Austria, no tuvo tiempo mas que para fugarse de su pais natal, evitando así la sentencia, que confiscaba sus bienes y le condenaba á las prisiones de Spielberg. Como todos los proscritos, se refugió en Francia y vivía en París, con la condesa Teresa su esposa, y dos hijos de corta edad.

Gran señor ante todo, y decidido á no degenerar nunca en nada, el conde Ambrosio se habia aturdido sobre su ruina, y no queria pensar en el desgraciado porvenir que le esperaba,

para poder continuar en Paris, sino la vida brillante y señorial que habia llevado en Roma, al menos una vida agradable y digna de su nacimiento.

Su joven esposa, mas razonable que él, habia sacrificado toda su vanidad al interés de sus hijos; pero aun no habia podido conseguir que su esposo la imitara, porque á las observaciones que se atrevió á dirigirle una sola vez, le respondió con estas frias y desgarradoras palabras:

—El dia que no pueda vivir como me corresponde, me levantaré la tapa de los sesos.

La desgraciada, tenia constantemente ante su vista esta espantosa perspectiva. Y yendo de sacrificio en sacrificio, protegia vanamente contra las prodigalidades de su esposo, la suma de más en más decreciente, que constituia su único recurso.

Figuraos, si podeis, todas las sordas angustias de esta horrible lucha; lucha de una madre que economiza el pan de sus hijos, y de una esposa que defiende los dias de su esposo; contad en vuestra imaginacion todos los clavos de semejante cruz, y comprendereis la escena que abrió este triste drama.

Era una deliciosa tarde de otoño. La condesa estaba sentada delante de la ventana de su aposento, en la esquina de la calle de Luis el Grande y del boulevard de los italianos. Pablo y María, sus dos hijos, jugaban alegremente en el balcon, desde donde contempla-

ban el inmenso gentío y los innumerables coches que cruzaban en aquel momento por la calle de Luis el Grande.

Mientras tanto, la jóven condesa consideraba con los ojos cubiertos de lágrimas, varios papeles que acababan de entregarle, y que había desplegado maquinalmente.

Estos papeles eran el recibo del propietario del palacio que habitaban, y las cuentas de veinte elegantes abastecedores puestos á contribución por el conde.

La condesa acababa de pagarlas la una después de la otra, y la noble dama lloraba entonces una suma, que poco antes hubiera arrojado al primer pobre...

—Mamá! dijo repentinamente Pablo, que acababa de oír un suspiro; mamá, qué tienes?

—Lloras, mamá? añadió la niña precipitándose hácia su querida madre.

—No, hijos míos, no, dijo tristemente la condesa, que ahogó en su pecho un reprimido sollozo. Pienso en lo mucho que sufriría si os sucediera una desgracia, pobres tesoros míos.

—Una desgracia á nosotros! exclamó Pablo aturdidamente; acaso es posible?

Y se puso á saltar con indecible alegría alrededor del sillón de su infeliz madre, que trató de sonreír á tanta seguridad.

—Sabes lo que debes hacer para no entristecerte, mamá? dijo María arrastrando á la condesa hácia el balcon con sus solícitas manecitas.

— Qué, hija mia?

— Debes mirar como nosotros las hermosas señoras y los preciosos coches que pasan por la calle.

— Sí, sí, continuó Pablo. Mira, mira a quella gran carroza blasonada; se parece á la que teníamos en Roma...

En este momento se abrió la puerta del aposento, y el conde Ambrosio apareció en el umbral.

Los dos niños corrieron á porfía á abrazar á su padre, y la condesa, enjugando al punto sus ojos, presentó á su esposo una frente sin mancha.

Este la besó la mano con una galantería ceremoniosa; después se sentó á su lado y colocó á Pablo sobre sus rodillas.

La ruina y la proscripción no habian podido alterar las secretas preferencias que Ambrosio tenía para aquel niño, en el cual veía la esperanza de su raza y de su nombre, como si su nombre y su raza no se hubieran perdido para siempre.

Esta fatal contradicción impresionó vivamente á la jóven; contempló con tristeza el magnífico traje de su esposo; las preciosas alhajas que adornaban sus dedos; la dilatada sonrisa de su impertubable rostro, y como una voz interior le gritaba: "Esa sonrisa, esas alhajas y esos trajes serán los últimos," á pesar de todos sus esfuerzos para retenerlas, sus lágrimas corrieron en abundancia...

El conde se volvió, y al verla llorar, un horrible estremecimiento agitó todos sus miembros.

—Teresa, mírame! exclamó con voz imperiosa.

Y después, con una precaución que hizo temblar á la condesa.

--Amigos míos, dijo á sus hijos... retiraos, idos á jugar al salon...

Los dos niños fijaron una tímida mirada en su entristecida madre, y obedecieron sin pronunciar una palabra.

El conde se fué tras ellos á cerrar la puerta, y después volvió con los brazos cruzados adonde estaba la condesa.

La infeliz comprendió que el término fatal habia llegado.

El conde se apoderó de una de sus manos, y apretándosela vigorosamente, le dijo con voz tranquila y glacial:

—Teresa, dame la llave de tu secreter.

Al mismo tiempo fijó la vista en un precioso cofrecito que habia sobre un velador; en aquel cofrecito guardaba siempre la condesa la codiciada llave.

La infeliz vió que la acción iba á seguir á la mirada, y olvidando que su emoción indicaba claramente que en él estaba el objeto deseado, exclamó cogiendo convulsivamente el brazo de su esposo:

—Ambrosio!... óyeme!

Pero después añadió con voz temblorosa:

—La llave no está en ese cofrecito, amigo mio.

—Donde está, pues?

—No lo sé; te la daré... mañana...

El conde se sonrió con amargura, y cogiendo un pequeño puñal de sobre la chimenea, descerrajó el cofrecito, al mismo tiempo que exclamaba dirigiéndose á su esposa:

—Pobre niña! no sabes fingir.

Después cogió la llave y abrió el secreter.

La condesa se habia quedado postrada en su sillón, no teniendo fuerzas más que para observar lo que hacia su esposo.

La operación fué tan corta como terrible. La mano del conde se dirigió al secreto de vida ó muerte.

En un cajón encontró un billete de mil francos.

De una fortuna de varios millones, esto es todo lo que le quedaba en la tierra al príncipe romano.

Al tocar aquel pedazo de papel, que representaba algunos dias de existencia, el conde Ambrosio se volvió gravemente hácia la condesa. Los dos se miraron y se estrecharon la mano sin cambiar una sola palabra.

Cinco minutos después, no se oía en el aposento mas que el alegre ruido del boulevard, cuando la dulce voz de los niños vino á completar el efecto de esta escena.

—Podemos entrar ya, papá? preguntaron á la vez Pablo y María.

Y como nadie les contestaba, entraron los dos en el aposento.

El conde cerró vivamente el secreter; Pablo miró á su padre con terror, y María arrojó un agudo grito de dolor al encontrar desmayada á su pobre y desgraciada madre...



El conde cerró vivamente el secreter; Pablo miró á su padre con terror, y María arrojó un grito de dolor al encontrar desmayada á su padre y desgraciada madre...

CAPITULO II.

Precaución suprema.

Una hora después, atravesaba el conde el boulevard en direccion al círculo Grammond. Allí iba todos los dias á buscar noticias de su pais, leer los periódicos y escribir su correspondencia.

Aquella noche iba á escribir su testamento. Todas las luces estaban ya encendidas, cuando Ambrosio entró en los salones, y su inesperado brillo, acabó de enloquecerle.

Se sentó delante de la primera mesa que vió, y escribió la siguiente carta:

“Excmo. señor ministro de Estado.


Hace dos años que estoy refugiado en Paris, y hubiera podido reclamar la parte que me corresponde de los socorros que la Francia concede á los proscritos; no lo he hecho, porque me lo impedian mi carácter y mi educacion;

pero hoy que muero, debo al menos llenar un sagrado deber. Tengo el honor de recomendar á mi esposa y á mis hijos á la benevolencia del gobierno francés.—El conde Ambrosio.,”

Despues de esta carta, escribió el siguiente billete:

“Adios, Teresa mia... adios, Pablo mio... adios, hija mia; os abrazo por la última vez. Enviad la adjunta carta á su destino. No olvidéis nunca el nombre que lleváis, y haced que no acusen á nadie de mi muerte. --Ambrosio.,”

El conde tiró este doble despacho en el buseon del casino, y tomó el camino de los Campos Elíseos.



CAPITULO III.

El Encuentro.

Por qué el desgraciado que oculta en sus bolsillos la pistola con la cual vá à darse la muerte, no lleva esta fatal resolución escrita en su rostro?... Cómo la fisonomía, esa máscara del hombre civilizado, conserva hasta el último momento, la facultad de disimular y de mentir?... Cómo se comprende, en fin, que el conde Ambrosio, atravesara el innumerable gentío que invadía el boulevard, sin que nadie leyera en su frente á los mil reflejos del gas: "Este hombre, tan lleno de vida y de salud, tan elegantemente vestido, va á matarse al pié de un árbol, en un rincon de este paseo público?,"

Sin embargo, en medio de aquella multitud indiferente y ciega, hubo quien observó al conde. Un viejecito de ojos de lince, de megillas

secas y arrugadas, le habia seguido desde el boulevard de los italianos, hasta la puerta de Marigni.

Una vez allí, viendo que el conde se separaba del camino, viendo que iba á internarse en un estrecho y tortuoso sendero, salvó repentinamente la distancia que le separaba de él, y le cortó el paso con resolucion; el conde se detuvo asombrado, miró frente á frente al importuno, y le dijo:

— Quién sois?

— Vuestra providencia! respondió el viejecito con voz dulce; vuestra providencia, que vela por vos desde esta mañana, señor conde.

— Es un loco, se dijo Ambrosio.

Pero viendo que no se iba y que seguia interceptándole el paso.

— Yo soy el loco, pensó, por no haber adivinado mas pronto, que es un mendigo.

Y sacó de su bolsillo una de sus últimas piezas de oro y se la presentó al viejecito.

Este meneó la cabeza sonriéndose y rehusó aquella limosna.

— Al contrario, yo soy quien quiero daros oro, mucho oro!... dijo con voz profunda y con sonrisa estraña. Si quereis saber donde podreis rehacer vuestra fortuna, ahora que estais arruinado, seguidme como os he seguido; no tenemos mas que algunos pasos que dar...

A qué no se agarrará el náufrago que zozobra?... Un feliz presentimiento surgió en la acalorada imaginacion del conde, que siguió

al desconocido fantasma que le hacia volver á la vida.

Las diez daban entonces en los Inválidos... la calma sucedia á la agitacion, el silencio al ruido, el sueño al movimiento.

La sombra se habia esparcido alrededor del conde y de su misterioso compañero. No era preciso tanto para impresionar y cautivar la imaginacion de un hombre que iba á morir... El conde seguia á su extraño guia, como impulsado por un resorte, sin poderse dar cuenta de lo que le sucedia. Despues de un cuarto de hora de camino, el viejecito se detuvo delante de una preciosísima casa medio oculta bajo los árboles, aislada entre dos terrenos baldíos, y que parecia estar completamente inhabitada.

— Qué palacio es este? preguntó el conde maravillado.

— *El palacio sin nombre*, respondió el desconocido. Observad su posicion, y reparad lo que voy á hacer, añadió misteriosamente; de hoy en adelante podreis venir aquí sin que yo os acompañe.

Al decir esto, oprimió un resorte apenas visible al lado de la puerta; esta se abrió sin ruido, y una imperceptible luz brilló bajo el peristilo.

Si el conde hubiera tenido algo que temer, no hubiera pasado adelante sin tomar sus precauciones... Pero cuanto mas sombría y siniestra era la aventura, mas atractivo tenia para él.

Siguió, pues, sin vacilar al desconocido, mientras que la puerta se cerraba tras ellos.

—Subid ahora, monseñor, dijo el viejecito señalando las primeras gradas de la escalera, y entregando al conde un pedazo de cartulina verde con una cifra encarnada.

El conde subió al primer piso, y vió que sus presentimientos no le habian engañado.

Se hallaban en una casa de juego clandestino. Entonces comprendió claramente el encuentro de aquella especie de fantasma que se le habia interpuesto en su camino; comprendió el papel que el viejecito habia representado en aquella farsa; se acordó de que hacia algun tiempo, que encontraba á aquel desconocido en todas partes, que le seguia como si fuera su propia sombra, y se acordó, en fin, de que le habia visto durante dos años en la antigua fonda de Frascati, que los dos frecuentaban entonces asiduamente.

Al ver la sala de juego herméticamente cerrada, alumbrada por un sin número de brillantes luces; al ver el gran tapete verde sobre el cual rodaba sin ruido la ruleta criminal, cercado por unos cincuenta jugadores pálidos y silenciosos, la primera impresion del conde, cosa extraña! fué la expansion de un hombre que vuelve á la existencia.

La más grande pasion de su vida, la pasion del juego, estinguida hacia seis años, acababa de encenderse en su alma, y se preguntó con estupefaccion:

— Como no se me ha ocurrido esta idea antes de ahora!...

Al mismo tiempo se volvió para buscar al viejecito que le había acompañado y estrecharle la mano con reconocimiento; pero el viejecito había desaparecido como por encanto, sin duda para ir á reclutar á las puertas de los casinos algun otro jugador, reducido á su último billete de banco. Sin embargo, la sangre fria le volvía al conde al mismo tiempo que la esperanza, y se puso á observar con detencion todo lo que le rodeaba.



CAPITULO IV.

El palacio sin nombre.

Todos los salones presentaban un golpe de vista magnífico. Había tres de ellos, y en el primero jugaban á la berlanga y al sacanete; en el segundo al billar, y en el tercero á la ruleta. Siempre que la policía quería sorprenderlos, cerraban el tercer salon con un tablero que era imposible distinguir de los demás, y solo quedaba en los dos primeros una escogida reunion, abandonada á los mas inocentes ejercicios.

El aspecto general de los salones era grave, severo, solemne; cualquiera hubiera creído estar en una asamblea de cuáqueros ó de puritanos, si no hubiera visto deslizar el oro y la plata, sobre el inmenso tapete verde. El silencio era interrumpido de vez en cuando por el im-

perceptible cuchicheo de los jugadores y por la estridente voz del banquero, que llevaba el juego. El conde Ambrosio habia conocido á aquel hombre en otra casa de juego, lo mismo que á los dos ayudantes que estaban sentados á su lado, y cuyas manos, armadas de pequeños rastrillos, distribuian ó recogian el oro con la destreza de una larga esperiencia.

Estos detalles que tan poco hubieran interesado al conde en otras circunstancias, le cautivaban indeciblemente, en aquel palacio sin nombre, á aquella hora de la noche, en el fondo de aquel abandonado paseo, bajo la influencia del terror y del remordimiento, que se retrataban en todos los semblantes. Tan cierto es que el misterio es el mayor poder de la tierra, y que el fruto prohibido, será siempre el fruto por excelencia.

No habia allí nada que no tuviera un encanto inesperado para el conde Ambrosio; hasta los objetos mas materiales del juego, le entusiasmaban. Aquella ruleta, instrumento é imagen de la fatalidad; aquellas cifras; aquellos caracteres y aquellos colores impresos en el tapete; aquellas barras de cobre cuyo perpétuo giro daba el horrible placer del vértigo; aquella bolita de marfil que saltaba de un escaque á otro, todas aquellas cosas, en fin, halagaban al conde, al infeliz conde, que sentia que su antigua pasion, renacia en su alma con toda la naturalidad de un primer amor.

La mayor parte de los jugadores estaban

sentados alrededor de la mesa; los otros se paseaban por el estenso salon.

Una sonrisa de júbilo entreabrió los labios del conde, al observar entre ellos al verdadero jugador, al hombre pálido y silencioso, inmóvil delante de la ruleta, mirando con avidez todos los movimientos de la bola fatal, y poniendo sucesivamente su vida con su oro, sobre cada color, sobre cada número; luego al jugador tímido é indeciso, apuntando toda la noche en una carta todas las ganancias que le proporcionaba su buena suerte, cuyos caprichos se imaginaba sorprender; despues al jugador tenaz, cebándose en una cifra y arrojando á ella postas sobre postas, hasta el agotamiento de sus recursos... Luego al jugador filósofo, contando en la casualidad de la alternativa y pasando indefinidamente del encarnado al negro... Despues, en fin, al jugador novelesco, esperando al cabo de muchos años, el golpe maravilloso que debe hacer su fortuna...

Pero lo que acabó de exaltar la imaginacion del conde, fué esa asombrosa impasibilidad de los jugadores, mas asombrosa aun en aquel garito clandestino. Cortesanos de la fortuna, ese dios ciego, sordo y mudo, todos los hombres que habian dejado á la puerta de aquel palacio su consideracion y su pundonor, se compartían los atributos de su terrible ídolo... Era imposible apercibir en ninguna fisonomía un movimiento de dolor ó de júbilo, de placer ó de cólera... Todos recogian el oro tan


indiferentemente como lo daban. Aquello parecía una turba de conspiradores, cuyas palabras de orden, hubiera sido *silencio y disimulo*. Todas las calidades y todos los rangos se encontraban allí, mezclados en confuso desorden...

Al entrar, había reconocido el conde á muchos personajes honrados en el mundo, notabilidades de todas edades, jóvenes pertenecientes á las mas ilustres familias... Y á sus lados, esos innobles rostros que nadie conoce, y que se encuentran en todas partes, columnas inmutables de las casas de juego, escoria arrojada acá y allá por el desorden, el vicio y el crimen...—gentes sin hogar, sin religion y sin fé, disputándose á la suerte el precio de una comida ó los placeres de una noche;—padres de familia luchando con la desesperacion, la miseria y la vergüenza;—hombres desconocidos que conservan todavía un resto de honor y que lo encubren allí, con innumerables disfraces;—usureros y agiotistas de baja estofa, que juegan y especulan tanto por la noche como por el dia... Pues bien! estos hombres, tan diferentes los unos de los otros, se sentaban á la misma mesa, sin avergonzarse. El juez codeaba al vagamundo que habia condenado la vispera. El banquero, seguia el juego del ladron que al salir le robaria la cartera.. Cómplices y compañeros de aventura, que ya no se reconocerian al dia siguiente. Hombres sin nombre, como el palacio que los reunia por algunas horas.

El jugador á quien la suerte concedia algun favor, lo recibia sin agradecerlo, fingiendo no haberle recibido, para alcanzar otro todavía. El que sufría una desgracia, aunque esta desgracia fuera su decreto de muerte, sabia caer como gladiador romano en el circo, sin una lágrima, sin un murmullo, saludando al César.

Añadid á este cuadro el chirrido del cilindro de cobre rodando sobre su eje; el ruido de la bola de marfil cayendo de minuto en minuto en los escaques; el sonido metálico del oro y de la plata, empujado por los rastrillos; la cavernosa voz de algun anciano fatigado por las vigili-
as; el paso lento y acompasado de un paseante abismado en sus reflexiones; la frecuente señal dada por el vigía, establecido en la puerta exterior de aquel palacio; el estremecimiento de los jugadores, siempre que esta puerta giraba sobre sus goznes, y la voz sacramental é infatigable del banquero, que exclamaba á cada momento:—*Haced juego, señores... No va nada mas!...* y tendreis una idea del vértigo que se apoderó de la cabeza del conde Ambrosio, y del ardor febril con que se sentó delante de la ruleta.

Esta revolucion moral fué tan completa, que olvidó su ruina, su proyectado suicidio y sus dos cartas fatales, y apenas el recuerdo de su esposa y de sus hijos se le presentó en la memoria como á través de una nube.



CAPITULO V.

El despertar de una pasion.

Han comparado al mar todas las cosas inmensas y profundas, inconstantes é impenetrables; pero el juego es tal vez lo que mejor merece esta asimilacion, porque es en efecto un Océano con todas sus inconmensurables dimensiones, con todos sus terribles atributos.

Es el infinito, porque es la casualidad.

Para los hombres de carácter frio y vulgar, el juego no es mas que una especie de paseo rutinario y divertido, en un espacio estrecho, y dado á lo largo de un rio sin ondas y sin escollos; pero para un alma ardiente, curiosa y atrevida, es una oleada sin fondo, sin reposo y sin límites; es el mar.

Al principio está tranquilo y sonriente; pero luego dá la muerte ó se adormece para atraer á los mas tímidos; balancea bajo un cielo azul

sus ondas suaves y relucientes, y exhala de su seno murmullos extraños, voces misteriosas, cantos de sirena dulces y lejanos, que escuchais con placer y que os hacen olvidar que la terrible marea os arrebatara de la orilla. Pero dejaos mecer algun tiempo por estas olas engañosas; dejaos arrebatar por estas corrientes insensibles, y repentinamente os despertareis en medio de la tormenta, cuando ya no os será posible volver á ganar la orilla. Entonces os asustará la tempestad con sus tinieblas y sus relámpagos, con sus olas y sus ráfagas... Y es preciso resignaros á la lucha, y manteneros firmes, hasta que un golpe de viento decisivo os sumerje ú os arroja á un puerto desconocido, que es vuestro puerto de salvacion.

Tanto mejor para el que encuentre exageradas estas imágenes; feliz entonces él, porque no conocerá las borrascas del juego.

El desgraciado conde Ambrosio las conocia mejor que nadie. Su naturaleza audaz y apasionada se habia abandonado desde el primer dia á la tempestad, y experimentaba en aquel momento las sensaciones del marino que vuelve á ver el Océano, despues de una larga y cruel cautividad en la tierra...

Como sucede casi siempre, no sé por qué ridicula fatalidad el conde, que podia agotar de un solo golpe todos sus recursos, ganó varias veces seguidas, y al cabo de algunos minutos habia ya duplicado sus mil francos.

Esta idea funesta, esta eterna ilusion de to-

dos los jugadores sumergidos en la desesperación, "No tengo nada que perder, y puedo ganarlo todo," le arrastró insensiblemente al abismo. El demonio del juego, como para asegurarse mejor de él, le dejó ganar consecutivamente durante toda la noche, y su nuevo adorador, vió amontonarse y multiplicarse el oro bajo sus manos. Los jugadores, supersticiosos, no osaban apostar contra él, y los mas valientes seguían su juego para aprovecharse de su suerte.

Animado el conde por tanto éxito, cogió a fin todo el oro que tenía delante, y lo puso resueltamente á la negra.

Perdió.

Un murmullo de asombro circuló por todo el salón, y el banquero recogió con el rastrillo todo el oro del conde, con la sangre fría de un hombre que recobra lo que se le debía.

A otro que al italiano, le hubiera aterrado semejante desgracia, y aun á este mismo no hubiera dejado de aterrarle en otras circunstancias.

Ay!... No le quedaba ni un solo franco para volver á levantar el opulento edificio que había construido en su cabeza!...

Pues bien! nuevo y prodigioso efecto de la pasión que renacía en su alma! este hombre, más perdido que nunca, no volvió á la idea del suicidio; el hilo que le ataba á la vida era tanto mas poderoso, cuanto que era imaginario

Despues de haber absorbido al padre y al esposo, el jugador absorbió hasta al gran señor.

El conde, pues, reflexionó mucho tiempo con la mayor sangre fria, en los medios que podian quedarle de ganar un millon. Despues se levantó como herido por una idea luminosa, miró el reloj cuya aguja señalaba las siete, salió del garito y corrió á su casa.



CAPITULO VI.

Las últimas postas.

Despues de una noche de indecible angustia, la infeliz condesa se hallaba triste y resignada en su aposento: aun no habia recibido la carta fatal. Ambrosio se aseguró con una mirada de que no habia cambiado nada en las disposiciones de su esposa, la cual estaba sola con Maria y Pablo. Sola?... Ay! no. Habia entre ella y ellos un horrible fantasma que no era visible mas que para la condesa: la miseria. La pobre madre veia á este espectro pálido, flaco y desnudo, acercarse á sus dos hijos, arrebatárselos á sus debilitados brazos y á sus vanas caricias, destrozar sus tiernos y débiles cuerpos con sus duros apretones, marchitar sus

sedosas cabelleras con sus disformes manos, cubrir con sus harapos su fresca belleza y ajar con un soplo árido é impuro, las rosas de sus encantadoras mejillas.

Sin embargo, los dos inocentes niños la creían enferma y la cubrían de besos para calmar su dolor.

El aspecto inesperado del conde, les hizo arrojar á los tres un grito de sorpresa. La esposa apenas esperaba volverle á ver, y los hijos no pensaban en él mas que para reprocharle el abandono en que dejaba á su madre.

La condesa se apoderó al punto de su esposo y lo estrechó contra su corazón, como se hace con un tesoro que se recobra despues de haberle creído perdido; pero al mirarle, observó su semblante feroz y sombrío, que estuvo muy lejos de calmar sus propios temores.

El conde se sentó bruscamente á su lado, sin hacer caso de sus hijos.

El delirio de un jugador es como un fuego mortífero, que devora en su alma hasta los sentimientos naturales.

—Dónde están tus diamantes, Teresa? Tal fué la primera palabra del conde á la condesa.

No quiso ni aun endulzar con una transición este rudo apóstrofe.

La infeliz esposa, ya no reconocía á su esposo...

—Mis diamantes? respondió aturdida por el golpe. Y qué quieres hacer con ellos á estas horas?

—Tu felicidad... y la de tus hijos, dijo Ambrosio con siniestra sonrisa...

La condesa se vió obligada á confesar que para conciliar las necesidades de su indigencia real con el lujo aparente que él no habia cesado de exigir, habia vendido todos sus diamantes... hacia mas de dos años.

Al oír esta revelacion, el conde se levantó furioso, profiriendo una blasfemia, y dejó caer al suelo al desgraciado Pablo, que se había sentado sobre sus rodillas, y que le abrazaba con indecible cariño.

—Gran Dios! exclamó la condesa asustada, y levantando al niño anegado en lágrimas; qué tienes, Ambrosio?

Este incidente, en vez de calmar la cólera del conde, la convirtió en frenesí; dió varias vueltas por el aposento, pronunciando palabras inarticuladas, derribando las sillas con el pié, aplastando los juguetes de los niños, y aumentándose el mismo con este ruido y esta agitacion, el delirio que hacia hervir la sangre en su cerebro.

En fin, un incidente mas terrible todavía vino á colmar el horror de esta escena.

Una pistola cayó repentinamente al suelo, de uno de los bolsillos del gaban del conde.

A la vista de esta terrible arma, tres gritos resonaron á la vez en el aposento, acompañados de una carcajada infernal, y seguidos de un silencio tétrico, pavoroso.

Maria y Pablo la miraban con espanto, abra-

zándose à las rodillas de su madre; la condesa consideraba horrorizada à su esposo, y este último, miraba estupefacto el arma que acababa de poner de manifiesto su criminal proyecto.

En aquel momento el Italiano se llevó las dos manos à la cabeza, y formó con ellas un círculo alrededor de su frente, como para retener su razon próxima à escaparse; despues, leyendo en los ojos de su esposa la pregunta que no osaba dirigirle de viva voz,

—No, no, amiga mia, le dijo: si quisiera morir, no te hubiera pedido tus diamantes. Vengo de los Campos Eliseos, y creyendo atravesarlos de noche, llevaba esa arma para defenderme.

La marquesa temblaba como la hoja en el árbol; entonces entró un criado en el aposento y le entregó una carta...

La infeliz reconoció con nueva emocion la letra de su esposo... Pero al mismo tiempo le arrancó esta la carta de las manos, la rasgó y la arrojó al fuego...

Despues se sentó en un sillón, llamó à Pablo y le dijo, esforzándose por sonreir:

—Quieres darme tu cadena de oro, hijo mio?

El niño se quitó la alhaja sin titubear, y se la entregó à su padre, que la besó con transporte.

—Y tú, Maria, continuó el conde volviéndose hácia la niña, quieres darme tambien tu cadena de oro?

La niña permaneció un instante sin respon-

der, mirando sucesivamente á su aderezo y á su madre; por fin detuvo sus ardientes miradas en esta, y exclamó con solemnidad:

—Esta cadena es un recuerdo de mi abuela, y mamá me ha hecho jurar que la llevaré siempre sobre mi pecho.

Pero viendo la condesa que su esposo se estremecía al oír estas palabras, le arrebató la cadena á su asombrada hija, y se la presentó.

El conde la cogió vivamente, y se levantó para salir...

—Ah! vais á morir! exclamó la infeliz condesa, corriendo velozmente á la puerta para interceptar el paso á su esposo.

—Morir!... dijo Ambrosio sonriendo con exaltacion; al contrario, vuelvo á la vida... porque voy á jugar! añadió en voz baja...

Estas palabras fueron un relámpago para la condesa, que se acordó del pasado; pero si este relámpago le descubria un nuevo abismo, este abismo, al menos, no era la muerte.

Por otra parte, las últimas palabras del conde al franquear la puerta, habian sido:

--Os prometo volver.



CAPITULO VII.

¡Millonario!

Volvió, en efecto, al anochecer del día siguiente; pero... ojalá no hubiera vuelto nunca!...

La condesa estaba inmóvil en su sillón, no teniendo fuerzas mas que para orar; y los dos niños arrodillados á sus lados, llorando amargamente, participaban con su instinto filial, de un dolor que no podían comprender.

Repentinamente la puerta del aposento se abre con estrépito, y entra el conde, sin aliento, jadeante, sin sombrero, con una risa extraña en los labios.

—Teresa mia! Pablo mio! hijos míos! exclamó con voz ahogada por el júbilo: venid, venid aquí!... á mi lado. Nuestra pobreza ha concluido! .. todo está reparado! Somos ricos, ricos co-

mo en otro tiempo, ricos como en Roma! Ah! ya no nos avergonzaremos delante de nadie, no! Yo os daré cien cadenas de oro á cada uno, hijos míos! Tú tendrás mas diamantes que las reinas, Teresa mia!... En adelante seremos los mas felices del mundo! Oh!... recobraremos nuestro rango, y ocuparemos el sitio que nos pertenece, en esa elegante sociedad que ahora nos desprecia y nos abandona...

Y viendo que la condesa y sus hijos le escuchaban y le examinaban con una sorpresa llena de horribles angustias.

—Ja! ja! ja! exclamó prorumpiendo en una carcajada histérica; esto os parece asombroso? no podeis creerme?... Bien hay de que dudar! Sin embargo, es la verdad... Os digo, hijos míos, que somos millonarios! millonarios! millonarios! oís?... Pero... tomad...! tomad...! tomad...!

Y registrándose bruscamente todos los bolsillos, sacó algunas monedas, entre ellas cuatro ó cinco de cuarenta sueldos, y varios pedazos de papel y de naipes rasgados con los dientes; en seguida se puso á gritar desaforadamente:

—Pero, mirad, reid como yo! Aquí hay un millon, un millon! Y este millon es nuestro! vengo de ganarle en el juego... Un millon os digo!...

Maria y Pablo, amedrentados por los ademanes que acompañaban á estos gritos, huyeron al otro extremo del aposento; y la condesa, le-

vantando los brazos al cielo, volvió á caer desmayada en su sillón.

Después de mil horribles dudas, acababa de comprender que su esposo se había vuelto loco!...

Y en efecto, el desgraciado, cuya razón estaba ya muy comprometida por las vicisitudes de aquel día, había acabado de perder la cabeza, ganando en el *palacio sin nombre* algunos miles de francos, que la suerte le había arrebatado otra vez, mofándose de su delirio... Entonces había dejado precipitadamente la ruleta, llevándose aquellas monedas y aquellos pedazos de naipes y de papel, en los que creía ver su antigua fortuna...



CAPITULO VIII.

Moralidad en accion.

Si alguna vez vais á los Campos Eliseos, en los alrededores de Marigni encontrareis un hombre y una mujer con dos niños, cuyo aspecto no dejará de cautivar vuestra atencion. Los dos niños visten con un resto de lujo que va estinguiéndose de dia en dia. La mujer lleva impreso en su pálido y enflaquecido rostro, un sublime carácter de firmeza y de resignacion, y el hombre se emboza orgullosamente en una capa que oculta la mas triste de todas las miserias, la miseria vestida de negro. Esa familia es la familia del conde Ambrosio.

Como la carta de este no llegó al ministro, como la condesa es tan incapaz como su esposo de solicitar los socorros que los gobiernos conceden á los proscritos y como los gobiernos no los dan mas que á los que los solicitan, la familia del conde Ambrosio, es ahora mucho mas pobre que nunca. Sin embargo, el desgra-

ciado se cree siempre millonario, y no cesa de preguntar á su esposa cuales son los motivos que le impiden volver á tomar su rango. La infeliz condesa, no oyendo hablar al pobre loco mas que de caballos, de diamantes, de fiestas y de placeres, gana con el sudor de su frente y con el trabajo de sus manos, el pan y el vestido de cada dia. Su único consuelo es privarse de lo menos indispensable para rodear la existencia de sus hijos de algunas dulzuras, y satisfacer de vez en cuando las lujosas ideas del conde Ambrosio, á fin de entretener las ilusiones que hacen su felicidad.

La familia nunca se separa en sus tristes paseos... Sin embargo, algunas noches se vé al conde vagar solo por los Campos Elíseos... Busca en el barrio Marigni la puerta del *palacio sin nombre*; pero en vano llama á esta puerta; ya no se abre para nadie, porque hé aquí el suelto que vió la luz pública en todos los periódicos á fines del invierno pasado:

“La policía acaba de sorprender una ruleta clandestina en un palacio bastante retirado de los Campos Elíseos. Varios personajes importantes se hallan comprometidos en este asunto. La justicia instruye el oportuno expediente.”

Los personajes más importantes desaparecieron, y nadie los ha vuelto á ver... El inquilino del *palacio sin nombre* fué preso, y se le impuso una fuerte multa; despues ha vuelto á abrir sin duda en alguna otra parte su garito

clandestino. Las llagas de la sociedad son como las enfermedades del hombre; la curacion de la una lleva consigo la invasion de la otra, y el diablo, como vulgarmente se dice, nunca pierde nada.

Sin embargo, esperamos que el diablo perderá algo, si esta historia es comprendida de los lectores, que se hallen poseidos de la ruin passion del juego. Cerradas públicamente en Francia, las ruletas se vuelven á abrir secretamente en todas partes, y hasta en los salones de la alta aristocracia, cubierta bajo diferentes nombres... Pero no jugueis, jóvenes, no jugueis si quereis evitar la resbaladiza pendiente de la miseria, en la que cae cada dia algun conde Ambrosio, algun hijo, y hasta algun padre de familia!!

FIN